

## EL COMLOT DE GRECO Y SUS CÓMPLICES

Al imponer el emperador, el 14 de enero de 1864, el birrete cardenalicio á Mons. de Bonnechose, respondió al discurso de gracias de este prelado las siguientes palabras que revelaban cierto desaliento: «Los honores de este mundo son pesadas cargas que la Providencia nos impone. En su justicia, ha querido aumentar los deberes en proporción de las dignidades. Por eso me pregunto si la buena fortuna tiene tantas tribulaciones como la mala.»

Este lenguaje, al que traslucía cierta inquietud, usado precisamente en medio de los festejos de aquella ceremonia, produjo en cuantos lo oyeron cierta desagradable sorpresa, y supusieron que aquella semiconfidencia era precursora de algún anuncio de complicación exterior.

Pero no era la cuestión política la que causaba esta aprensión en el ánimo del emperador, sino más bien la intuición de que podría sobrevenirle algún contratiempo desagradable.

Y en efecto, sus inconscientes recelos estuvieron á punto de justificarse.

Desde el atentado de Orsini no se había tramado ningún complot contra su vida; pero á principios del año mencionado se supo que la policía estaba sobre la pista de un nuevo atentado, y como sus antecesores, los conspiradores eran italianos. Estos eran cuatro; salieron de Lugano, y al entrar en Francia por la frontera franco-suiza, el comisario de vigilancia creyó notar en uno de ellos cierto parecido con una cara conocida y avisó por telégrafo á la policía de París, la cual, tan luego como aquéllos llegaron á la capital, siguió todos sus pasos. Sus actitudes misteriosas, sus cambios de fonda, el continuo temor de que les abrieran los baúles ó los muebles, la tardanza en presentar sus papeles, todo contribuía á confirmar las sospechas que habían despertado.

Observóse que primeramente se habían instalado en casas separadas, y no se hablaban sino á hurtadillas, para despistar á la policía. Se les vió explorar muchas veces los alrededores de las Tullerías y los Campos Elíseos. Una noche que el emperador debía ir á la Opera, se les vió en las inmediaciones del teatro, pasando, repasando y estudiando los lugares.

Cuando las sospechas se convirtieron ya en certidumbre, se practicó un reconocimiento en los cuartos de las fondas donde se alojaban, y el resultado fué encontrar ocho bombas con los instrumentos necesarios para montar ó atorni-

llar las chimeneas, además un bastón escopeta, dos revólvers, cuatro puñales y paquetes de pólvora y balas. Inmediatamente se procedió al arresto de los cuatro extranjeros, que se llamaban Pascual Greco, Imperatori, Scaglioni y Trabucco. Todos pertenecían al partido revolucionario más exaltado, y á excepción de Trabucco, habían formado parte de los *Mil* de Garibaldi.

Greco era oriundo de Calabria, hijo de un patrón de barco y de aficiones



Minghetti, presidente del Consejo de ministros de Italia

artísticas. Su padre había servido á las órdenes de Murat, y á favor de este recuerdo logró presentarse al hijo del ex rey de Nápoles cuando en mayo de 1863 hizo su primer viaje á París, circunstancia que desorientó á la policía que le seguía la pista. De regreso en Lugano, reclutó allí á sus cómplices: Scaglioni, joven estudiante de Pavia que había adoptado el nombre de Maspoli; Imperatori, nacido en la Suiza italiana y de profesión librero, y Trabucco, verdadero tipo de gitano, que había recorrido todos los países, ejercido todos los oficios, empleado subalterno á bordo de una fragata francesa, soldado en Italia, músico callejero en Londres, Constantinopla, Esmirna y París, condenado dos veces

por estafa y por robo, empujado al crimen por la lectura de periódicos que habían exaltado su menguada imaginación, acosado por la miseria y no contando para ganarse la vida más que con una trompa de la que nunca se separaba.

Los conjurados, que no podían alegar nada justificado en su defensa, declararon que las bombas eran de fabricación inglesa y las habían introducido en Francia escondiéndolas entre su ropa. No negaron sus propósitos de atentar á la vida del emperador; confesaron que su proyecto era arrojar las bombas en el coche del monarca, y valerse de los puñales y pistolas, ya para defenderse, ó bien para rematar su obra. El 25 de febrero comenzó la causa de resultas de la cual Greco fué sentenciado á la deportación, lo propio que Trabucco, quien únicamente solicitó una cosa de sus jueces, que no le quitaran su trompa. Scaglioni é Imperatori, el uno merecedor de alguna clemencia á causa de su juventud y el otro menos comprometido en el proyectado atentado, fueron condenados á veinte años de prisión correccional.

Pero á los ojos de los magistrados, de los jurados y aun del público, no eran los más criminales aquellos cuatro desdichados, sino otro personaje que se sirvió de ellos como testaferreros. Durante la causa, Greco aseguró que sus compañeros y él no eran otra cosa sino agentes de Mazzini; decía que el año anterior, estando Mazzini en Lugano, había conferenciado con él muchas veces; que Mazzini era quien había organizado el complot, proporcionado el dinero y las armas, así como la clave para entenderse con él por escrito, y ratificado en fin la elección de cómplices. La declaración de Greco tenía tal carácter de veracidad que llamó la atención, pues concordaba en todas sus partes. Al principio de la causa había guardado silencio acerca de este punto, pero luego habló, sin que pareciera inspirado por la pasión, sino más bien á disgusto. Los indicios vinieron en su apoyo, pues Mazzini había estado en efecto en Lugano hacia la misma época que Greco, á quien conocía de larga fecha, considerándole como un entusiasta patriota; los conjurados, pobres y oscuros, con dificultad hubieran preparado el complot, si un jefe oculto no hubiese combinado el programa, trazado el itinerario, atendido á los gastos y proporcionado las armas. Además, entre las ropas de Greco se encontró una nota que debía servir de clave para la correspondencia, y un perito calígrafo afirmó que aquella nota era de puño y letra de Mazzini. Por último, á los tres días de la detención de Greco se recibieron fondos á su dirección por mediación de un banquero íntimamente asociado á todos los manejos del partido mazziniano. El conjunto de todos estos cargos convenció al tribunal, que considerando á Mazzini como el verdadero jefe de la empresa, le condenó en rebeldía á la deportación el 30 de marzo de 1864.

El gran revolucionario había protestado de antemano en el *Times* contra la acusación, pero su defensa pareció débil y le dejó como abrumado bajo el peso de las pruebas. En Francia se recordó que aquel hombre, tan pródigo de la vida de los demás, había estado mezclado en otro tiempo en el proceso Tibaldi, y si indignación causó la perversidad con que tramaba el crimen, mayor la produjo

la cobardía con que esquivaba el castigo. La misma Inglaterra prescindió de su habitual indulgencia, y sin atreverse á negar su asilo al criminal, vituperó por lo menos el crimen con desusada energía. Verdad es que aquella nación tenía motivo para ello, pues del proceso resultó que lord Stransfield sostenía relaciones con Mazzini, y aunque el lord, que formaba parte del almirantazgo, dimitió su puesto oficial, siempre quedó la impresión de estas revelaciones.

Pero en ninguna parte fueron tan vivas las protestas como en Italia. Minghetti, que había sustituido en la presidencia del Consejo de ministros á Farini, el cual tuvo que retirarse á la vida privada en marzo de 1863 á causa de un reblandecimiento cerebral, denunció con vehemencia «á aquellos hijos espúreos que la patria arrojaba de su seno.» Cuando en la península se tuvo noticia de los cargos que pesaban sobre Mazzini, sus amigos más entusiastas no supieron cómo disculparle. Italia necesitaba aún á Francia, y se temía allí que el emperador se cansara por fin de aquella tierra ingrata, tan incansable en suscitar asesinos como él en colmarla de beneficios.

En otra ocasión, poca ó ninguna importancia habría dado Napoleón á este frustrado complot contra su persona; pero habiéndose descubierto precisamente en los momentos en que más preocupado le tenían las contrariedades que sufría su política, así en Europa como en el Nuevo Mundo, no dejó de causarle una impresión desagradable.